

LA BOMBA ATÓMICA, O LA MALA CONCIENCIA¹

ALFREDO JOCELYN-HOLT LETELIER

I

A las 8:15 de la mañana del 6 de agosto de 1945 los habitantes de Hiroshima fueron impactados por un golpe de violencia sin precedentes, de cuyo origen y naturaleza precisa se enterarían sólo semanas después.

La primera impresión fue sorpresiva. Mucha gente en la ciudad recuerda haber visto, un rato antes, a un avión norteamericano sobrevolando la ciudad; se presume que en un vuelo de reconocimiento de condiciones meteorológicas. Previamente había sonado la señal de que se avecinaban aviones enemigos, pero tratándose de un sólo aparato solitario rápidamente volvieron a sonar las alarmas, esta vez para anunciar de que había pasado el peligro. La mayoría de las personas supuso, incluso, que el temido bombardeo de los B-29 que venía azotando a los centros urbanos japoneses quedaba, en lo que a ellos les concernía, por esa mañana al menos, postergado.

De repente, sin embargo, -repito: a las 8:15 de la mañana-, y eso que no se escucharon nuevos aviones, se observó "un tremendo destello luminoso [que] desgarró el cielo de un lado a otro... Parecía una ráfaga de sol". Otros testimonios describen un fucilazo "de brillante amarillo", como el que produce una cámara fotográfica. Casi nadie "recuerda haber oído ruido alguno producido por la bomba". Se sabe sí de un testimonio de una persona a 32 kilómetros de Hiroshima que oyó un estruendo de extraordinaria magnitud, mucho más potente que el que había producido tiempo atrás un ataque de aviones B-29, a tan sólo 8 kilómetros de distancia.

En cuestión de segundos, las personas -que luego contaron lo ocurrido- señalan haber sido lanzadas de un lado a otro de donde se encontraban; pasó lo mismo con objetos pesados. Mucha gente se golpeó y perdió el conocimiento. Los que se hallaban en los interiores de sus residencias vieron como las ventanas se desvencijaban y saltaban hacia adentro. Mientras tanto, afuera, las casas y edificios se desplomaban como si hubiera ocurrido un gigantesco terremoto. Claro que terremoto no era: los árboles volaban por los aires.

Al impacto producido por esta detonación silenciosa, le seguirían los incendios. Nubes inmensas de polvo oscurecieron la ciudad. También cayó una llovizna gruesa a causa de la humedad condensada proveniente de columnas de polvo, calor y desperdicios lanzados al aire. Se produjeron terribles corrientes de aire caliente, turbas huracanadas, salidas de río e inundaciones; la ciudad de Hiroshima se ubica en un delta de siete ríos. Cosa extraña: se sintió también un fuertísimo olor como "eléctrico".

En cuestión de minutos el escenario, hasta entonces apacible, se volvió dantesco. Gritos y gemidos de gente aprisionada entre los escombros, sin que nadie pudiera socorrerlos, se oían por todas partes. Apenas se podía caminar en el asfalto a causa de la temperatura caliente generada por los incendios. Por doquier se veían árboles raquíticos o con sus troncos carbonizados. La terrible imagen de unos caballos quemados

¹ Este trabajo corresponde a una conferencia leída el 6 de octubre de 1997 en el ciclo de La Sensibilidad del Siglo XX, 1937-1950, organizado por La Academia Imaginaria.

con sus cabezas colgando proporcionaba la nota apocalíptica. También esa otra, la de "...un bote de recreo, de buen tamaño, varado en la orilla, [y] tanto dentro del bote como en derredor ...: cinco hombres muertos, casi desnudos, con grandes quemaduras, que debieron haber expirado más o menos a la vez porque sus actitudes sugerían que habían estado esforzándose juntos para echar el bote al agua".

Por todas partes, sobrevivientes con ojos desorbitados y terribles quemaduras lacerantes en la cara y los brazos; algunos con el fluido que les había corrido al quemárseles los ojos. Es más, si se llegaba a tocar la piel de esta gente, a menudo, se caía a pedazos; "...centenares y centenares... huían, y cada uno de ellos parecía estar lastimado en alguna forma. Algunos tenían las cejas quemadas y les colgaba la piel de la cara y las manos. Otros, debido al dolor sostenían los brazos en alto, como si llevaran algo en ambas manos. Otros vomitaban al caminar. Muchos estaban desnudos o cubiertos por unos cuantos jirones de ropa. En algunos cuerpos desnudos las quemaduras habían hecho dibujos -de tablillas de camiseta o tirantes- y en la piel de algunas mujeres (ya que el blanco rechazó el calor de la bomba, y la ropa oscura lo absorbió y condujo a la piel), la forma de las flores de sus kimonos". Lo anterior, al igual que muchas otras citas de que me voy a servir en esta parte, provienen de un notable reportaje periodístico de John Hersey, aparecido en el *New Yorker*, basado en testimonios de víctimas.

El paisaje que todo esto arrojaba resultaría igualmente desolador y espeluznante. El cuadro que presentaba el centro de la ciudad unas pocas semanas después habla por sí sólo. "Ya para ahora estaba acostumbrado al terrible cuadro que tenía que pasar camino a la ciudad; el gran arrozal cerca del Noviciado, con estrías pardas; las casas de los arrabales en pie, pero decrepitas, con las ventanas rotas y las tejas desaliñadas; y luego, repentinamente, el comienzo de los diez kilómetros cuadrados de cicatriz rojiparda, donde casi todo había sido abatido y quemado; hilera tras hilera de manzanas desplomadas y aquí y allá un tosco letrero sobre un montón de tejas y cenizas ('Hermana: ¿dónde estás?', o 'Todos bien y vivimos en Toyosaka'); árboles desnudos y postes telefónicos sesgados; los pocos edificios que destripados, pero en pie, solamente servían para hacer resaltar la horizontalidad de todo lo demás (el Museo de Ciencia e Industria, con la cúpula monda hasta la armazón de hierro, como si estuviera lista para una autopsia; el moderno edificio de la Cámara de Comercio, con su torre tan fría, rígida e inaccesible después del golpe como antes; la enorme y achaparrada casa municipal, con su disfraz de pintura; la hilera de bancos astrosos, como caricatura de un sacudido sistema económico) y en las calles, un macabro ajeteo; centenares de bicicletas aplastadas, cascarones de tranvías y automóviles, todos detenidos en vuelo. Durante todo el trayecto -cuenta Hersey- pesaba sobre el padre Kleinsorge la idea de que todos los daños que había visto los había hecho en un instante una sola bomba".

Inicialmente, sin embargo, se tejieron -entre los habitantes de la ciudad- las más extrañas teorías para explicar semejante destrucción. Se pensó, por ejemplo, que un gas combustible habría sido esparcido por los norteamericanos. También se sostuvo la tesis de que el enemigo había rociado la ciudad con gasolina y luego, de algún modo, le había prendido fuego como relámpago, en un instante. Se habló también de un gran racimo de bombas incendiarias. Según otra versión: "La bomba no era tal bomba, era una especie de fino polvo de magnesio rociado por toda la ciudad por un sólo aeroplano, y hacia explosión en contacto con los alambres de corriente del sistema de fuerza de la ciudad. 'Eso quiere decir...que se puede dejar caer solamente sobre ciudades grandes, y únicamente de día, cuando están funcionando las líneas de tranvías y demás', se especulaba.

Con el correr de los días y semanas, y ya una vez que se supo el origen de la detonación, la bomba -o mejor dicho la irradiación- seguía, sin embargo, produciendo sorpresas. Un funcionario de un hospital bajando al sótano donde se guardaban las placas de rayos X, encontró todo el surtido expuesto, revelado, tal y cual. Dos semanas después a personas que se les peinaba se les caía su pelo; en pocos días se volvían calvas. Nauseas, dolores de cabeza, diarrea, fiebre de varios días, hasta 41 grados, constituían los síntomas más frecuentes. Veinticinco o 30 días después de la explosión, aparecían trastornos sanguíneos: hemorragia de encías, fuerte descenso de glóbulos blancos, lo que bajaba la capacidad de enfermos para resistir infecciones, por eso heridas que comenzaban a cicatrizar volvían a abrirse de repente. Y eso que no todos mostraban los síntomas principales. "La gente que había sufrido quemaduras de fogonazo quedaba protegida en bastante grado contra el mal de irradiación. Los que habían permanecido quietos y acostados varios días o aún varias horas después del bombardeo tenían menos probabilidades de enfermarse que los que habían estado activos. En raras ocasiones hubo pérdida de pelo canoso. Y como si la naturaleza quisiera proteger al hombre contra su propia ingeniosidad, los procesos reproductivos quedaron afectados algún tiempo; hubo hombres que quedaron estériles, mujeres que abortaron, y en otras sin su peculiar fenómeno fisiológico".

Otro efecto que se observó fue la floración que rápidamente se esparció entre las ruinas. "Por todas partes -entre los escombros de la ciudad, en los badenes a lo largo de las orillas de los ríos, entre tejas y láminas de techados, trepando por troncos carbonizados de los árboles- se veía un manto de verdor fresco, vívido, rico, optimista; crecía hasta de los cimientos de las casas en ruinas. Ya la hierba ocultaba las cenizas, y florecían las flores silvestres entre los huesos de la ciudad. La bomba no sólo había dejado intáctos los órganos subterráneos de las plantas, sino que los había estimulado... parecía que con la bomba había caído una carga de semilla de sen".

Expertos que recorrieron los escombros también percibieron una serie de otros extraños fenómenos. "Pudieron observar que el fogonazo de la bomba había decolorado el hormigón, dándole un ligero tinte rojizo; había descascarado la superficie del granito y chamuscado ciertos tipos más de materiales de construcción,... en consecuencia, el fogonazo de la bomba había dejado en algunos sitios la impresión de las sombras que arrojó su luz... (Encontraron algunas vagas siluetas humanas, y esto dió pábulo a relatos que con el tiempo incluyeron detalles fantasiosos y precisos. Uno de éstos era que un pintor, trabajando en una escala en el edificio de un banco, había quedado inmortalizado en algo como bajorrelieve en la fachada de piedra, en el momento preciso en que mojaba la brocha en el pote de pintura; otro, que las sombras de un carretero y su carreta habían quedado como impreso realzado en un puente cerca del Museo de Ciencia e Industria, casi en el centro de la explosión, y en que se podía ver claramente que el hombre estaba a punto de azotar a su caballo)."

De las 245 mil personas que vivían en Hiroshima al momento de que estallara la bomba, cerca de 100 mil perdieron sus vidas o terminaron muriendo por causa sólo del primer golpe. Otras estimaciones hablan de 66 mil muertos y 69 mil heridos. Un 95% de las personas que se encontraban hasta 800 metros del centro fallecieron. Se estima que del número total de muertos, un 25% murió quemado directamente por la detonación, y un 20% como resultado de los efectos derivados de la irradiación. Contribuyó también que no llegara ayuda sino mucho después. De los 150 médicos que contaba Hiroshima, 65 murieron a causa del impacto. De las 1.780 enfermeras, 1.654 cayeron muertas instantáneamente o fueron heridas de tal manera que no pudieron continuar su trabajo. En el hospital de la Cruz Roja, de un total de 30 doctores y 200

enfermeras, sólo 6 médicos y 10 enfermeras pudieron seguir cumpliendo con sus funciones. Al mejor hospital de la ciudad llegaron 10 mil personas a ser atendidas en las primeras horas, teniendo el hospital tan sólo una capacidad de 600 camas ya de antes todas ocupadas.

En cuanto a daños materiales, se calcula que 62 mil de los 90 mil edificios de la ciudad fueron destruidos; otros 6 mil más sufrieron daños irreparables. En el centro de la ciudad sobrevivieron sólo cinco edificios modernos que pudieron volverse a usar. Dentro de un epicentro de una milla de diámetro hubo destrucción total. A dos millas de diámetro los daños fueron severos. Y a dos y media millas, todo lo que fuera inflamable se incendió.

Cálculos posteriores concluyeron que el calor de la bomba a flor de tierra debió ser algo así como de 6 mil grados centígrados. Otro cálculo interesante que hicieron científicos japoneses, con posterioridad, es que la bomba estallada en Hiroshima habría requerido de un refugio de hormigón de 1 metro 25 de espesor para proteger totalmente a un ser humano del mal de irradiación.

A las 11:02 de la mañana del 9 de agosto, tres días después del estallido en Hiroshima, otro artefacto fue detonado, con similares saldos, en la ciudad de Nagasaki: 39 mil muertos, y más de 25 mil heridos. Cabe destacar que estudios posteriores han detectado que ambas bombas empleadas utilizaron tan sólo un décimo del 1% de sus respectivas capacidades explosivas.

II

La historia de la bomba atómica data de la década de los 30. Hacia 1938 Otto Hahn y Fritz Strassman demostraron, de que al bombardear con neutrones el elemento más bien fuerte de uranio se podía lograr algunas cantidades de un elemento diferente y más liviano: bariun. Con lo cual quedaba sentada la posibilidad que el átomo de un elemento, hasta ahora concebido como indivisible, podía dividirse en átomos de distintos otros elementos. Otros dos físicos -Meitner y Frisch- a su vez, denominaron esta hipotética capacidad de dividir el átomo: "fisión". Una vez establecida esta posibilidad y aplicando la fórmula postulada por Einstein ($E=mc^2$), se llegó a su vez a la conclusión que de tal fisión se podría liberar una extraordinaria cantidad de energía. Si bien la masa de un sólo átomo era ínfima, la energía que de su división pudiera lograrse habría que multiplicarla por (c^2) -la velocidad de la luz al cuadrado-; tratábase, pues, de un exponente gigantesco del cual cabía obtener millones de voltios de electrones.

A su vez, dos físicos más, Joliot-Curie en París y Fermi y Szilard en los Estados Unidos, más o menos en la misma época, descubrieron que la fisión de uranio podía liberar una cantidad mayor de neutrones. De ahí que llegaran a la conclusión que al permitir más neutrones capaces de dividir más uranio, se podía a su vez producir incluso más neutrones para todavía más, dividir cantidades mayores de uranio. En otras palabras, era posible producir "reacciones en cadena" en cada división, generando de esta manera crecientes cantidades de energía resultante, energía que podía utilizarse ya sea como poder industrial o bien como un tipo de explosivo.

Posteriormente, en agosto de 1939, dado los avances cada vez más notorios en física, Einstein junto con Edward Teller y Alexander Sacks, a la sazón exiliados del régimen nazi, advirtieron a Roosevelt que habiendo los investigadores alemanes conseguido una reacción en cadena, era aconsejable mantenerse atento al desarrollo científico. Señalaban también que había que tener especial cuidado con las fuentes de uranio disponibles, siendo las principales las de Checoslovaquia y del Congo belga, ambas

además accesibles por parte de Alemania. Fue esta carta que motivó un interés del gobierno norteamericano por apoyar inicialmente estudios en esta área del conocimiento, y a proveerles enormes recursos luego de que se produjera el ataque a Pearl Harbor en 1941, lo que vino a llamarse: "Proyecto Manhattan".

No estaba del todo comprobado, sin embargo, que la reacción nuclear en cadena pudiera ocurrir en verdad, o que fuera efectiva su utilidad para lograr una explosión. Sólo a fines de 1942, Enrico Fermi habría de demostrar que ello era perfectamente posible. De ahí en adelante, era cuestión tan sólo de diseñar una bomba capaz de obtener la confirmación anterior en condiciones a gran escala. Cuestión que se demostró al detonarse la primera bomba en una prueba que se llevó a cabo en el desierto el 16 de julio de 1945 en Alamogordo, Nuevo México.

En esta ocasión, se planteó por primera vez el dilema moral que implicaría detonar un artefacto de dicha naturaleza. Fue tal el efecto de poder que presenciaron los científicos y técnicos -una niña no vidente vió el flash producido por la bomba a 120 millas de distancia- que en dicha ocasión, Robert Oppenheimer, director del Proyecto Manhattan, citó un fragmento de la Bhagavad Gita que decía: "Yo seré Muerte... el destructor de mundos". A su vez, Ken Bainbridge, director de la prueba, exclamó: "Ahora somos todos unos hijos de putas". Todos percibieron que lo que tenían entre sus manos era un invento quizás más significativo que el descubrimiento de la electricidad o que cualquier otro avance a la fecha. Con todo, las opiniones se dividieron en cuanto a su posible uso bélico; varios científicos aconsejaron poner fin al experimento o, al menos, controlar su destino. En efecto, se trataba de un artefacto que alcanzaba una potencia de 20 mil toneladas de TNT, es decir, dos mil veces mayor que la bomba más grande que se había usado hasta ese entonces. Y todo esto en un aparato que pesaba a lo más 4 y media toneladas. A ello habría que añadir que desde 1939 a 1945 se habían gastado más de 2 mil millones de dólares en su gestación y elaboración.

Así y todo, que no se tenía plena conciencia de su naturaleza queda en evidencia en el hecho de que la persona que tuvo que finalmente tomar la decisión de lanzarla, el vice-presidente Harry Truman, que por muerte de Roosevelt hubo de sucederle como presidente, desconocía completamente de su existencia hasta tan sólo unos pocos meses antes de su primer lanzamiento en Nuevo México. Como ha dicho Daniel Boorstin, éste ha sido quizás uno de los secretos históricos mejor guardados, habida cuenta de la magnitud del proyecto envuelto, y el hecho de haber involucrado a tanta gente. Lo que no contribuiría, sin embargo, a entenderlo mejor. Una pasaje del diario de vida que llevaba Truman, para el día 25 de julio de 1945, consigna una orden que impartiera al entonces Secretario de Guerra, Stimson. En esta nota Truman le ordena usar la bomba únicamente en contra de objetivos militares y en contra de soldados del ejército y marina, prohibiéndole expresamente usar como blancos a mujeres y niños. De hecho, incluso con posterioridad a Hiroshima y Nagasaki, no era del todo disparatado sugerir que las bombas atómicas podrían algún día llegar a usarse en operaciones mineras o quizás podrían ayudar en construcciones equivalentes al Canal de Panamá.

III

¿Por qué se lanzó la bomba atómica?

La decisión de tirar la bomba hay que situarla en su contexto militar e histórico. El general Marshall hizo ver a Truman que la toma del Japón tomaría cerca de 18 meses después de lograr victoria en Alemania y que ello involucraría aproximadamente

medio millón de vidas norteamericanas. La sola acción en Iwo Jima, entre febrero y marzo de 1945, había significado 28 mil bajas de soldados norteamericanos. A su vez, la invasión de Okinawa, que tuvo lugar entre abril y junio de 1945, había producido otros 12.500 muertos y 62.500 heridos.

Las estimaciones posibles para bajas japonesas, de continuar con la invasión y los métodos convencionales, eran infinitamente mayores. A modo de ilustración, en tan sólo una jornada de bombardeo sobre Tokyo (el 9 de marzo de 1945), que produjo incendios gigantes en la ciudad, murieron 185 mil personas y se destruyeron 267 mil edificios, cifras significativamente superiores a lo que ocurrió en Hiroshima.

Con razón se ha dicho, una y otra vez, que la bomba atómica fue un recurso eficaz que implicó a la larga menores números de muertos, por la vía de presionar a las autoridades japonesas a rendirse incondicionalmente. Con todo, se ha argumentado -también, una y otra vez- que al Japón se le podría haber sitiado con submarinos hasta que simplemente capitulara por hambruna. Otro argumento esgrimido, en su momento, fue que habría bastado con detonar el artefacto a vista y presencia del estado mayor japonés -por ejemplo, cerca de la costa alemana a Tokyo- para que, frente al extraordinario poderío desplegado, se llegara al mismo propósito: la rendición.

Esta alternativa, sin embargo, queda un tanto desvirtuada por al menos dos razones. Se sabe que el 26 de julio de 1945, Truman y Churchill presentaron un ultimatum a Japón: que de no aceptarse la rendición sin condiciones, es decir, si no se dejaban invadir y no se retornaban los territorios conquistados, se procedería a una "total destrucción". Se rechazó el ultimatum porque las autoridades japonesas parecen haber temido más a los sectores militaristas japoneses más extremos que a los norteamericanos. Es más, aún después de las dos bombas nucleares el estado mayor japonés se resistiría. Tuvo que intervenir el Emperador, en un acto sin precedentes históricos, para que al final el alto mando cambiara su anterior posición, ya a esas alturas suicida. Con todo, el argumento que pone énfasis en que de esta forma se economizaban vidas parece más válido respecto a Hiroshima que a Nagasaki, que según la mayoría de opiniones no constituiría otra cosa que un crimen a todas luces.

Evidentemente, en una decisión política como ésta -la de hacer estallar las bombas-, otros factores estaban en juego. Se han aducido dos otros motivos. Por de pronto, el querer enviar una clara señal a Stalin de que se tenía la bomba y que existía voluntad real de usarla. De esta manera se equilibraba el enorme poderío soviético convencional y se podía proceder a traer de vuelta los contingentes norteamericanos en Europa y Asia. Es más, la bomba evitaba también que los soviéticos intentaran entrometerse en la guerra en el frente asiático, lo que habría significado seguramente la invasión rusa de las posesiones japonesas del norte. En otras palabras, la bomba habría evitado lo que posteriormente se produjo en Korea y Vietnam.

El otro factor que parece haber incidido fuertemente fue la necesidad de tener que justificar los grandes costos incurridos en la investigación y creación de la bomba; que repito, habían alcanzado la estratosférica suma para ese entonces de 2 mil millones de dólares.

En todo caso, por lo que sabemos, en lo que tiene que ver con la decisión política de arrojar la bomba, simplemente no hubo discusión. El mismo Stalin, cuando veladamente Truman le informó después de Alamogordo que disponían de la bomba, contestó que procedieran en contra de Japón y lo hicieran bien. Tad Szulc ha planteado últimamente que lo más probable es que los rusos ya estuvieran encaminados en un programa de construcción de una bomba similar; lo que explicaría, quizás, su adhesión a que se siguiera adelante. Se ha señalado también, que es muy dudoso que una vez en

posesión de la bomba, algún político no hubiera asumido favorablemente la decisión de utilizar la bomba.

El hecho, en definitiva, es que el lanzamiento de la bomba abrió cauce a un mundo completamente distinto, particularmente en lo militar. Respecto a este nuevo escenario que introducía la bomba atómica, Truman sostendría: "Me parece la cosa más terrible que se ha inventado, pero puede volverse la más útil". Herman Göering, a propósito de la bomba atómica, esperando que se le enjuiciara en Nuremberg, diría a su vez: "Un logro poderoso; no quiero tener nada que ver con ello". Harold C. Urey, premio Nobel y especialista en investigación atómica, señalaría: "Hay tan sólo una cosa peor que una nación tenga la bomba atómica, esto es, que dos naciones la posean". El mismo Einstein advertiría: "Está dentro del alcance de nuestras posibilidades técnicas envenenar radioactivamente la atmósfera; por tanto, somos capaces de aniquilar todo tipo de vida en la tierra".

En efecto, con posterioridad a los avances nucleares de los años 40 se generó una carrera armamentista vertiginosa, una vez que fue imposible establecer mecanismos de control internacional. Si después de Nagasaki los Estados Unidos disponía de sólo un artefacto adicional -el cuarto, después de los detonados en Alamogordo, Hiroshima y Nagasaki-, ya hacia 1949, podía recurrir a un arsenal de 200 bombas atómicas en su poder. Dadas estas condiciones, los rusos no podían dejarse estar. Por de pronto, lograron estallar su primera bomba en 1949, tres años antes que las más generosas estimaciones norteamericanas lo hicieran previsible; algunos expertos sostenían, incluso, que los rusos lograrían producir la bomba tan sólo en 1955, si es que no después.

A su vez, el lanzamiento de la bomba atómica soviética estimuló la creación de artefactos muchísimos más poderosos. A la bomba A le seguiría la bomba H, la bomba de hidrógeno, que a diferencia de la primera se basó en energía termonuclear activándose por medio de fusión y no fisión. Los norteamericanos pudieron estallar su primera bomba de hidrógeno en 1952. Los rusos lograron detonar la suya nueve meses después en 1953. Estamos hablando de un aparato mil veces más potente que la más poderosa de las bombas atómicas a la fecha. Y para que se tenga una idea de la magnitud letal que podía alcanzar este nuevo armamento hay que tener en cuenta que la bomba de hidrógeno era capaz de generar un millón de toneladas de TNT con una sola detonación, cifra proporcionalmente increíble si además tenemos en cuenta que en toda la Segunda Guerra Mundial se usaron sólo 3 millones de toneladas de TNT. Como dijera el presidente Eisenhower a raíz del desarrollo de la bomba H: "Hemos llegado al punto en que simplemente no hay otra alternativa real que la paz". Con estas proporciones letales o se estaba dispuesto a una confrontación bélica de magnitudes catastróficas o se sentaban a negociar, o al menos, a administrar prudentemente el extraordinario arsenal que se iba acumulando.

Que estamos en un mundo totalmente distinto lo comprueban también las cifras gastadas en armamento a principios de la década de los 50. Ya para ese entonces los Estados Unidos invertían 33.3 mil millones de dólares; a su vez, le seguía la Unión Soviética con 20.1 mil millones. Cifras que habría que cotejar comparativamente con la de otras potencias durante esa misma época. Los gastos en armamentos de Gran Bretaña, Francia e Italia, combinados, llegaban tan sólo a un quinto de lo que gastaba los EE UU, y menos de un tercio de lo gastado por la URSS. A su vez, la suma total de fuerzas convencionales de estas tres potencias llegaba tan sólo a la mitad con que disponía los EE UU y a un tercio de las fuerzas soviéticas. En ese contexto, no es raro -señala Paul Kennedy- que otros países quisieran integrarse al exclusivo club nuclear. La bomba

pasó a ser una manera relativamente barata de mantener y retener influencia como gran potencia. Según este mismo historiador, al hablar de la proliferación del poder nuclear, estaríamos, por tanto, frente a un fenómeno más de debilidad que de fuerza.

De hecho, los ingleses detonaron su primera bomba atómica en 1952. Le siguieron los franceses en 1960, China en 1964. Y hacia 1989, tanto Israel, la India, Pakistán, Sud Africa, como quizás también Argentina y Brazil poseían el potencial, no comprobado por cierto, pero -es de presumir- capaz de hacer detonar un dispositivo de este tipo.

La bomba en todo caso seguiría siendo protagonista hasta nuestros días. En efecto, se amenazó seriamente con el uso de la bomba por parte de los EE UU en 1951 en Korea, nuevamente por los EE UU en 1954 para ayudar a los franceses en Vietnam, y Rusia chantajeó con lanzar un ataque nuclear a China en 1969. La posibilidad de su uso estuvo también muy presente en la crisis de Suez en 1956 por parte de la URSS en contra de Gran Bretaña y Francia. Se llegaría a su vez a una situación límite en 1961 y otra vez más en 1962 entre las dos principales potencias, los EE UU y Rusia, a causa de Berlín y de la instalación de misiles en Cuba.

La posibilidad eventual de una crisis nuclear alcanzaría nuevos extremos en la década de 1980, especialmente después de 1983. Para ese entonces, la situación devino un tanto distinta. Si en los años 60 y principios de los 70 se había avanzado considerablemente en control y límites del armamento nuclear, durante el gobierno de Roland Reagan se propuso una escalada armamentista unilateral que produciría dos efectos. Por un lado, generó en Europa el movimiento antinuclear más vociferante y mejor organizado, a la vez que es muy posible que la URSS se viera en la imposibilidad, económica y no tanto bélica, de mantener la paridad en el contexto de la amenaza unilateral de las "star wars", la "guerra de las galaxias", propuesta por Reagan. Con lo cual, quedaba abierta la trayectoria posterior que emprendería la segunda superpotencia. Es decir, Gorbachov y su glasnost, y eventualmente, en cuestión de unos pocos años, la caída de los socialismos reales, el muro de Berlín, la unificación de Alemania, etc etc.

IV

Hasta ahora, he estado muy conscientemente tratando de hacer ver que la bomba atómica se ha constituido paradójicamente en un instrumento pacificador antes bien que en un arma apocalíptica. Esto por cierto, se puede decir hoy, en que la trayectoria histórica de su uso, o mejor dicho, su no uso, su presencia disuasiva latente, sirvió para, entre otras cosas, terminar con las hostilidades en Europa, evitar una guerra entre las dos potencias victoriosas después de la Segunda Guerra Mundial -los EEUU y la URSS-, la reconstrucción económica de Europa, en fin, la reconversión de un estado bélico abiertamente confrontacional, caliente, por otro -más bien frío- en que la eventualidad impensable de un trastorno nuclear de extraordinarias proporciones haría simplemente insostenible la vida humana en este planeta.

Si bien la bomba atómica es el hecho emblemático que gatilla esta vuelta de la tuerca, y estructura el balance de poder post 1945, no es menos cierto que a esto precisamente se venía encaminando el mundo europeo desde hacía mucho tiempo antes.

Ya la realpolitik -palabra que data de 1853- y que suele adjudicársele a las políticas de Bismarck, en virtud del cual los sentimientos y moralidad convencionales se visualizan como no aplicables a cuestiones políticas de gran envergadura -en definitiva,

el planteamiento que la política no es otra cosa que lucha por el poder- es un paso claro en esta dirección.

Apunta también a lo mismo, me parece, esa idea tan prevalente durante los inicios de este siglo, y que quedara plasmada en los orígenes de la Primera Guerra Mundial: el deseo de llegar a una guerra que terminara con todas las guerras.

Agregaría a ello, la insensibilidad creciente que produce el fenómeno bélico. Un mundo que asume el gas mostaza, años de empate en trincheras -en que los soldados se veían, literalmente, ojo a ojo-, capaz de producir, y también sobrevivir, bombardeos como los que emprenden los alemanes en contra de Londres, o los que llevan a cabo los aliados hacia el final de la guerra -pensémos en Dresden-, en fin, para un mundo nutrido y espantado por una destrucción sin parangón de esta índole y magnitud, no es del todo extraño que se concibiera y a la vez se supiera manejar sensatamente el nuevo dispositivo que vino a ser la bomba atómica.

En ese sentido, la bomba atómica no me parece para nada una aberración. Tampoco una sorpresa. La otra cara de la insensibilidad occidental -la bomba, digámos de paso, es occidental- es su otro sentido, paradójicamente también sensible: el del cálculo que se hace o que implica el poder. De consiguiente, lo que no deja de impresionar, en cuanto a la bomba, es su capacidad de suscitar dicho cálculo. Esa apuesta racional, cifrada en el frágil equilibrio en que está sustentada nuestra noción de orden.

En definitiva, la bomba no es apocalíptica, y ello porque supone límites. Si hasta incluso, un no occidental, Mao Tse Tung lo entendió así aunque de una manera un tanto primitiva. Conversando con el Secretario General del Partido Comunista italiano en 1957, Togliati, Mao le hacía ver que la bomba tenía límites. Quizás no para Italia, pero sí para China. A final de cuentas, se podía seguir combatiendo contra el capitalismo porque si bien el poderío nuclear occidental podía diezmar la población china, en última instancia bastaba con que 300 millones de chinos pudieran sobrevivir, para que así se pudiera reiniciar una nueva etapa planetaria de vida, dominada por una "raza" humana, por cierto enteramente amarilla y comunista; cabe señalar que Mao se cuidaba de decir explícitamente lo último. Si a lo anterior le agregamos que Mao y China comunista terminaron por entrar en el círculo atómico -aceptaron formar parte del club nuclear- ello demuestra que a final de cuentas, incluso sosteniéndose dicha posición radical, la sensatez terminó por prevalecer.

Me he cuidado, muy especialmente, en omitir entre los condicionantes de esta nueva sensibilidad fría emergente, al Holocausto que emprendieran los nazis. Aquí definitivamente estamos frente a lo que, en realidad, es una opción claramente apocalíptica. Bomba atómica y Holocausto no son lo mismo. Por de pronto, los números desmienten la similitud. La "Solución Final", con deportación, segregación, campos de exterminio, por motivos raciales, culturales, religiosos, o bien ideológicos, y que costaran la vida a 6 ó 7 millones de personas, es definitivamente otra cosa. Como leyerá por ahí: "La 'Solución Final' es el único intento registrado por la historia en que un gobierno se ha propuesto exterminar a todo un pueblo". Es verdad, han habido otras situaciones, también en este siglo, que se asimilar o aproximan al Holocausto: el gulag soviético, la matanza que emprendiera Pol Pot en Cambodia, la política de exterminio sistemático que periódicamente emprenden gobiernos de carácter totalitario...

Con todo, las proporciones, el número que arroja el Holocausto nazi no admite comparación. Tampoco el sentido último: la "Solución Final" es final, en tanto es efectivamente terminal: extermina. No así la bomba. En el peor de los casos, ésta a lo más, aplaza, posterga un fin catastrófico. Y, en el mejor, lo evita.

La máxima de Rochefoucauld -"Sólo debieramos sorprendernos de que aún podamos sorprendernos"- dicha en el más intolerante de los siglos, el XVII, y en visperas de la más sensata y razonable de las épocas, el XVIII, es aplicable más para el Holocausto que para la Bomba. La Bomba no tiene, en estricto sentido, nada de sorprendente; el Holocausto, tampoco, pero en su caso porque ocurrió históricamente, no porque en sí, en su momento y después, no haya sido y nos siga pareciendo abismante. Después del Holocausto nada debiera sorprendernos. En cambio, después de la Bomba, todo -al igual que siempre- debiera asombrarnos y no sorprendernos. Por consiguiente, pienso que de existir un prototipo, un paradigma apocalíptico, éste es el Holocausto, y no la bomba atómica.

Es más, el que la locura final sea una fuerza catalítica que posibilita la sensatez -idea que de alguna manera pareciera estar implícita en la escalada militar armamentista durante este siglo- resulta muy de nuestro siglo XX. He ahí Freud y el psicoanálisis, he ahí la idea de revolución, he ahí también el existencialismo y su fascinación por el absurdo, he ahí también, me atrevería decir, el liberalismo o si ustedes quieren, el libertarismo².

El caos como antecedente posible de un orden perfectible, moderable, en fin, el caos entendido como un fenómeno que a la larga estructura, esconde un orden no siempre evidente, pero no por ello menos aprehensible, fuera de que me parece una idea muy nuestra, muy de nuestros días, es la idea que puede quizás conciliarnos con la bomba atómica; aceptarla y no sólo vivirla como una fuerza moderadora. Que la hemos vivido, de eso yo creo que no hay duda; ha demostrado plenamente, en estos últimos cincuenta años, su eficacia y validez. Pero que la aceptemos, en otras palabras, que la hagamos nuestra, que veamos su sensatez, no obstante el terror que implica, pasa por que entendamos mejor el sentido más profundo de la idea de caos, cuestión que de un tiempo a esta parte se está abocado, en no poca medida, gracias a la bomba.

Puedo imaginarme lo que están pensando. ¿Cómo con este argumento que acabo de enunciar podría ameliorarse, reducir el sufrimiento de las víctimas a que aludía al comienzo de esta presentación? Si estamos hablando de sensatez, ¿cómo diablos se me ocurre sostener que éste se cifra, o pudiera cifrarse, en ese escenario espeluznante que fue Hiroshima?

Hiroshima, me temo, es a todas luces una tragedia. Pero en el sentido aquel que se desprende de lo dicho por un hombre sensato, muy del XVIII, Horace Walpole, el 4to Barón de Oxford, autor del Castillo de Otranto, y dueño de "Stawberry Hill". Dice Walpole: "Este mundo es una comedia para quienes piensan, y una tragedia para quienes sienten". O cómo le dijera el siempre muy sensato Harry Truman a Dean Acheson luego que Robert Oppenheimer, el jefe del Proyecto Manhattan, uno de los más responsables de que vivamos bajo la bomba atómica, lo visitara para decirle que tenía sangre en sus manos. Truman le contestó algo así como: no se preocupe, vaya y

² Al momento de redactar este trabajo se me hizo ver que en el Internet aparecía información detallada respecto a cómo construir una bomba atómica. Valga, en todo caso, el "disclaimer" que se adjuntaba: "The information contained in this file is strictly for academic use only. UC Berkeley will bear no responsibility for any use otherwise. It would be wise to note that the personnel who design and construct these devices are skilled physicists and are more knowledgeable in these matters than any layperson can ever hope to be... Should a layperson attempt to build a device such as this, chances are s/he would probably kill his/herself not by a nuclear detonation, but rather through radiation exposure. We here at UC Berkeley do not recommend using this file beyond the realm of casual or academic curiosity". Debo esta información a la gentileza de Alex Crawford.

lavesélas. Instruyó también a Acheson, que no le llevara nunca más a este fulano ante su presencia. Según Truman, no era otra cosa que un "llorón".

